

Esta es una pequeña muestra del libro *Destellos de Gracia*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2017 Poiema Publicaciones

¡El Evangelio para cada rincón de la vida!

Destellos de Gracia

*Cómo atesorar
el evangelio en tu hogar*

GLORIA FURMAN



Poiema Publicaciones
Medellín, Colombia

Mientras lees, comparte con otros en redes usando
#DestellosDeGracia

DESTELLOS DE GRACIA / Gloria Furman

© 2017 por Poiema Publicaciones

Traducido con permiso del libro *Glimpses of Grace: Treasuring the Gospel in Your Home* © 2013 por Gloria Furman, publicado por Crossway Books.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional* (NVI) ©1999 por Bíblica Inc. Las citas marcadas con la sigla RVC han sido tomadas de *La Santa Biblia, Versión Reina Valera Contemporánea* ©2011 por Sociedades Bíblicas Unidas.

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio visual o electrónico sin permiso escrito de la casa editorial. Escanear, subir o distribuir este libro por Internet o por cualquier otro medio es ilegal y puede ser castigado por la ley.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Categoría: Religión, Cristianismo, evangelio.

ISBN: 978-1-944586-37-9

Impreso en Estados Unidos

SDG

*Para David,
quien cada día me recuerda tiernamente:
“Este es el día en que el Señor actuó;
regocijémonos y alegrémonos en Él”.
Salmos 118:24*

Contenido

Prefacio	9
Reconocimientos	11
Introducción	13

Parte 1

Tu fundamento en medio de lo cotidiano

1. Cotidiano mucha con probabilidad de milagros	23
2. No pitufees el evangelio	33
3. El poder de las parábolas	51
4. Cristo en ti, la esperanza de gloria	63

Parte 2

Lo milagroso en medio de lo cotidiano

5. Poder divino y promesas hermosas para los trasnochos	77
6. El pan de vida y panecillos de desayuno	91
7. Gracia abundante para cada invitado	103
8. Él nos limpia y nos deja blancas como la nieve	115
9. La presencia constante de Dios en medio de nuestro dolor	133
10. Unida a Cristo pero necesitando amistades	147
11. Tesoros en vasijas de barro, no en porcelana fina	161
12. El ídolo de una casa perfecta	173
13. ¿El contentamiento en Cristo viene con siesta incluida?	183

Conclusión	193
Notas	195
Índice general	199
Índice de las Escrituras	201

Prefacio

Cuando te estás abogando, lo último que necesitas es un tutorial con cinco pasos sencillos para aprender a nadar como un pez. Lo que necesitas, lo que anhelas desesperadamente, es algo que te ayude a mantenerte a flote. Algo a lo que te puedas aferrar y no soltarte. Algo que no tengas que sostener, sino algo que pueda cargar con todo el peso de tu desesperación.

Pueden venir olas abrumadoras y aguas profundas en todas las formas y cantidades que nos podamos imaginar: un bebé recién nacido, la pérdida de un trabajo, una enfermedad crónica, una mudanza, un cambio en alguna amistad, cáncer terminal, dudas en cuanto a tu fe, la muerte de un ser querido, un nuevo capítulo en la crianza, una temporada de soltería que se extendió más de lo que te habías imaginado, más responsabilidad añadida a toda la que ya tienes, o hasta el mero pensamiento de que aún nos quedan décadas dedicadas a lo terrenal —pilas interminables de ropa sucia, platos sucios, suelos sucios y grifos que gotean. Todas esas cosas que te abruma con tanta facilidad.

Nuestra tendencia humana es preguntarnos: ¿Qué pasos puedo dar para hacer que esto funcione o para eliminarlo? La evidencia está en las páginas de Internet —páginas web dedicadas a enseñarnos cómo comercializarnos bien (ya sea en el mercado laboral o en el mercado relacional). En las librerías locales encontramos un sinnúmero de libros que nos dicen lo que tenemos que comer para combatir el cáncer, cómo sobrellevar una pérdida, cómo criar niños buenos, cómo cultivar tu propio jardín, criar tus propios animales, coser tu propia ropa, amueblar tu casa con

cosas que puedes comprar en el mercado y renovar tú misma gracias a Pinterest, cómo educar a tus hijos en casa y crear un blog para hablar acerca de ello, y aún así tener la cena caliente y en la mesa cuando tu esposo llegue a casa.

Hacemos bien en buscar consejo. Eso es sabio. Pero cuando llegamos a un estado de desesperación necesitamos más que simples instrucciones. El salmo 107 ilustra una temporada en la tormenta. Encontramos a unos hombres haciendo negocios en sus barcos, y de repente una gran tormenta los azota en medio de muchas aguas. La Escritura dice: “Como ebrios tropezaban, se tambaleaban; de nada les valía toda su pericia” (v. 27). Cuando se sintieron completamente inútiles, su respuesta fue clamarle al Señor. No fue buscar las instrucciones ni los salvavidas, sino una súplica sincera y urgente para que fuesen librados de una situación que les parecía imposible de navegar. ¿Qué hizo el Señor por ellos? Les mostró Su amor y misericordia. Calmó la tempestad, aquietó las olas y les llevó a su puerto anhelado.

Esto es gracia sustentadora, este es nuestro puerto anhelado: conocer ese amor inquebrantable que nos salva y nos guarda. *Destellos de Gracia* no es un manual de instrucciones. Se trata de la invitación que nos hace una verdadera amiga para que veamos y conozcamos el amor inquebrantable del Señor en cada ola, grandes y pequeñas. Gloria nos anima compartiéndonos su propia experiencia y la sabiduría de otros santos que atravesaron tormentas décadas y hasta siglos antes que nosotros. Mi oración es que ustedes puedan ver esos destellos de Su amor y misericordia, y que puedan encontrar un ancla para sus almas.

Reconocimientos

Aliza, Norah y Judson: este libro hubiera sido muy aburrido y más corto de no ser por sus hermosas personalidades.

Estoy agradecida por todo el apoyo que he recibido de la comunidad virtual del *blog Domestic Kingdom* (Reino Doméstico), así como de *Collin Hansen* y de *Tony Reinke*. También me siento agradecida por el ánimo de mi amiga *Jennie Allen*, quien logró convencerme de escribir algo más largo que una entrada en un blog. Mil gracias a *Justin Taylor* y a *Lydia Brownback*, y al equipo de *Crossway*.

Mis hermanos en Cristo de la *Iglesia del Redentor en Dubái* intercedieron por mí, y muchas de mis dulces hermanas dieron de su tiempo y ayuda para que pudiera escribir este libro: *Sarah Wilson*, *Sarah Lawrence*, *Laura Davies*, y *Kanta Marchandani*. *Don* y *Becky*, gracias por recibirme a mí y a mi bebé parlanchín en su casa para que pudiera dedicarme a escribir allí, y por no frustrarse con las tazas de café que dejaba por toda la casa y las migajas de galletas que terminaban debajo de la cama.

Cuando *Kevin and Katie Cawley* me dieron una copia de *A Gospel Primer for Christians* (Una introducción al evangelio para cristianos) de Milton Vincent, no tenía idea de lo que esa valiente recomendación significaría para mí. Ese libro transformó mi vida. *Samantha Muthiah*, gracias por conseguirme una copia de *The Organized Heart* (El corazón organizado) de Staci Eastin y por todas las conversaciones siguientes que tuvimos acerca de la centralidad del evangelio.

Reconocimientos

Jeremías Burroughs y Richard Sibbes dejaron un legado en cuanto a la esperanza que hay en la resurrección que me ha animado a vivir en esa luz que llenó la tumba. También es difícil cuantificar el impacto de los ministerios de *John Piper, D. A. Carson y Paul Tripp* en mi vida.

Mi esposo, David, me estuvo animando durante todo este proceso, de principio a fin. Él sabía lo mucho que necesitaba escribir para el bien de mi propia alma, y se sacrificó para que fuese posible. ¡Gracias!

Introducción

En el primer borrador de esta introducción, escribí: “Quiero encarnar las implicaciones prácticas del evangelio en la vida diaria”.

Luego se me ocurrió que nunca he “encarnado” algo. Solo he *des*-carnado algunas cosas, como pollos asados o los pavos del día de Acción de Gracias.

Pensé en otras metáforas, pero tampoco funcionaron. Estaba segura de que la falta de creatividad se debía a mi cerebro de mamá. Hasta que finalmente se me ocurrió algo.

Las introducciones son como la pregunta del “por qué”, que resulta ser una pregunta que paso todo el día respondiéndome.

Curiosamente, el gran “por qué” de hoy tenía que ver con cocinar pollo. Tengo dos hijas de edad preescolar, y me estaban observando mientras hacía trocitos de pollo empanizado y hervía pasta. Una de ellas me dijo: “También quiero cocinar. ¡Dame el cuchillo, Mamá!” No tiene ni cinco años, así que no pude prestárselo.

Traté de hacerle entender, diciéndole: “No eres lo suficientemente responsable para manejar este cuchillo tan grande”.

“¿Por qué?” (Aquí vamos).

“Porque es un cuchillo afilado, y es peligroso. Te puedes cortar”.

“¿Por qué?”

“Porque aún eres muy pequeña, y solo los adultos pueden manejar cuchillos como estos”.

“Muy bien, entonces voy a hervir la pasta”.

“Tampoco quiero que toques la estufa”.

“¿Por qué?”

“Porque no tienes la madurez para manejar bien el gas y el fuego”.

“¿Por qué?”

“Porque es difícil de manejar, incluso para Mamá”.

“Pero yo puedo hacer cosas difíciles. Sé quitarme el cinturón de mi asiento y sé contar hasta cien —cuando me ayudas”.

“Lo siento, cariño, todavía no puedo dejarte cocinar con fuego”.

“¿Por qué?”

[Suspiro].

Este diálogo tiene sentido si estás hablando con un niño de edad preescolar acerca de los peligros en la cocina. Pero esta es la forma en que a veces pensamos acerca de la teología. Pensamos que es demasiado peligrosa, demasiado difícil, y no nos sentimos capaces de poder manejarla bien. Nos parece que mejor debemos dejarle ese trabajo a los profesores, pastores y maestros de escuela dominical.

Además, ¿qué tiene que ver la teología con el cuidado del hogar y las demás cosas que hacen todos, independientemente de su fe?

Aun a pesar de nuestras reservas y suposiciones, todos lidiamos con teología cada día. ¡No podemos evitarlo! El hecho de que todo el mundo realiza actividades terrenales, sea cual sea su religión, es otra razón por la que deberíamos considerar aquellas cosas que hacen que nuestro estilo de vida sea genuinamente cristiano.

Vivimos en el mundo de Dios, estamos hechos a la imagen de Dios, e interactuamos con otras personas que tienen almas eternas. Eso hace que la teología sea increíblemente importante y marca la diferencia en las cosas que hacemos cada día.

La teología es para amas de casa que necesitan saber quién es Dios, quiénes son ellas, y de qué se trata esta vida terrenal.

Por esa razón escribí este libro.

Si somos amas de casa hechas a la imagen de Dios y deseamos vivir para Dios, es necesario que sepamos cuáles son las intenciones de Dios con nosotras y el trabajo que hacemos en la casa.

Más específicamente, necesitamos saber: ¿Qué relación tiene el evangelio con nuestras vidas cotidianas en el hogar? ¿Cómo es que el evangelio impacta el lavado de los platos, la limpieza del piso, el pago de las facturas, nuestras amistades, el hospedaje que ofrecemos y la preparación de la cena?

¿Cómo es que el hecho de que Jesús mismo cargó mis pecados en la cruz, para que yo pueda morir al pecado y vivir justamente (1P 2:24), hace una diferencia en mi vida cotidiana?

¿Dónde obtenemos la dirección espiritual que necesitamos? ¿Deberíamos escuchar lo que nos dice nuestro corazón o confiar en nuestros instintos? ¿Encontraremos en el libro más vendido del momento el secreto para vivir bien? ¿Deberíamos sencillamente vivir el momento, deteniéndonos de vez en cuando para oler el suavizante de ropa?

Hay muchas ideas espirituales falsas que se disfrazan como teología cristiana. ¿Cómo las distinguimos? La intención de este libro no es tanto criticar esas filosofías, sino describir la verdadera esperanza cristiana de la gloria de Dios y su relación con el hogar.

La Palabra de Dios, la Biblia, dice que fuimos creados por Dios para vivir para la gloria de Dios. Ese es mi mayor anhelo en esta vida. La parte de “creados por Dios” ya está hecha (ya que estoy viva). Es con la otra parte —vivir para Él— que necesito ayuda. Esta mañana, esta tarde, esta noche y en la madrugada cuando me despierte a atender a mi bebé, quiero recordar las promesas en Cristo Jesús que me pertenecen gracias al evangelio (Ef 3:6).

La vida cotidiana en mi hogar suele ser todo menos aburrida. Nuestra vida es loca y tranquila, alegre y dolorosa. La vida en el hogar puede ser todas estas cosas porque es allí donde *vivimos*.

Somos un grupo diverso de pecadores hechos a la imagen de Dios que intentan vivir juntos bajo el evangelio de la gracia de Dios. Es hermoso y caótico a la vez. Así que, ¿cómo es que la “esperanza viva mediante la resurrección de Jesucristo” (1P 1:3) cambia mi forma de vivir?

Las principales preguntas que quiero explorar en este libro son las siguientes: *¿Qué relación tiene el evangelio con nuestras vidas en el hogar? ¿Cómo puede la gracia transformar nuestra manera de vivir?*

Hoy es lunes

Creo que lo que más me emocionaba cuando empezaba a escribir este libro era que tenía que rendir cuentas en cuanto a la disciplina de meditar en estas preguntas cada día. ¡Qué felicidad!

Y lo único que supera escribir acerca de cómo atesorar el evangelio en tu hogar es comer galletas saladas con crema de vainilla mientras escribes. ¡Ahora tengo casi un gramo de sal sonando dentro de mi teclado!

Destellos de gracia habla acerca de nuestra vida presente, durante el tiempo conocido como el “ya, pero todavía no” en la historia redentora de Dios. Jesús no está en la tumba, ¡Él está vivo! El triunfo del Domingo de Resurrección es la realidad en la que vivimos cada momento de cada día. Las cosas en nuestro hogar tienen el potencial de hacernos gozar en la realidad de la resurrección. Nuestros hogares también tienen el potencial de distraernos cuando no fijamos nuestros corazones en lo que no se ve, sino en lo que se ve: la inmensa pila de platos sucios en el fregadero.

En este libro quiero demostrar que el evangelio es un tesoro para nosotras, especialmente en nuestros hogares, y que nos mueve a gozarnos en la esperanza de la gloria de Dios. Debido a que Dios es bueno, tenemos un sinnúmero de razones por las cuales alabarle en nuestros hogares. “¡Alaben al Señor porque Él es bueno, y Su gran amor perdura para siempre!” (1Cr 16:34).

Soy consciente de que es un tema muy amplio, ya que impacta cada día de nuestra vida y tiene implicaciones eternas. También soy consciente de que hoy es lunes, y que acaba de sonar el timbre de la lavadora, y que tienes que ir corriendo a sacar la ropa antes de que se estruje. Es posible que de camino a la secadora te encuentres con un rastro sospechoso de líquido que lleva hacia el baño, desde donde escuchas a tu hijita, que hace poco fue entrenada para ir sola al baño, intentando llorar silenciosamente por la vergüenza que ahora siente. Luego puede que suene el timbre de la casa, y que eso te recuerde que ignoraste la alarma que sonó antes para recordarte la cita a la que seguramente llegarás tarde.

Lo entiendo perfectamente, porque también vivo allí.

Es por eso que necesito explorar cómo el evangelio es esa verdad predominante y determinante en mi vida.

Vivir en mi hogar y recordar que también allí debo vivir bajo la gracia de Dios no es algo fácil para mí, y es por eso que debo meditar en el contenido de este libro una y otra vez. Agustín una vez dijo lo que siente mi corazón: “Me considero uno de los tantos que escriben mientras aprenden y que aprenden mientras escriben”.¹

Estoy deseosa de saber el “cómo” de cómo Dios terminará esa buena obra que empezó en mí, conformándome a la imagen de Su Hijo Jesús (Fil 1:6). Con todo mi ser deseo glorificarle en todo lo que haga (1Co 10:31). Quiero que toda mi conducta sea santa, pues está escrito: “Sean santos, porque Yo soy santo” (1P 1:15-16). Quiero ser una imitadora de Dios, como Su hija amada, amando de la misma forma en que Cristo me amó y se dio a Sí mismo por mí (Ef 5:1-2).

Quiero vivir en la realidad de que he sido traída ante el Padre por medio de Su Hijo. “Porque Cristo murió por los pecados una vez por todas, el justo por los injustos, a fin de llevarlos a ustedes a Dios. Él sufrió la muerte en Su cuerpo, pero el Espíritu hizo que volviera a la vida” (1P 3:18).

Un balde de agua fría para un alma somnolienta

Solía creer que la única manera en la que podría emprender ese camino de santificación —la aventura de la obra de Dios en mí, en la que produce el querer como el hacer para que se cumpla Su buena voluntad (Fil 2:13)— era eliminando todas las “distracciones” en mi vida.

Como resultado de esta forma equivocada de pensar, veía mis roles de esposa, madre, ama de casa y hasta ministra del evangelio como cosas que le restaban a mi vida espiritual. Esa perspectiva dominaba mis actividades cada día. Por ejemplo, si ponía mi alarma para intentar levantarme antes que mis bebés y mi plan fracasaba, entonces pensaba: “¡Gracias, _____, por impedirme tener comunión con Dios en el día de hoy!”.

Parte de lo que me hizo recapacitar fue la llegada de los demás niños a nuestra familia. Mi angustia por no “encontrar tiempo para estar con Dios” empeoraba, y pronto me di cuenta de que mi vida de oración casi había desaparecido. Tim Keller comentó algo acerca de la oración que fue como un balde de agua fría sobre mi alma somnolienta: “Tu vida de oración privada es uno de los principales indicadores de que tu cristianismo es interno y real, y no solo el producto de tu entorno”.

Había permitido que mi vida espiritual llegara a ser dependiente de una silla cómoda, una taza de café caliente y una casa tranquila, sin ruido, sin desorden, sin *vida*. Tenía que renovar mi mente con la verdad del evangelio (Ef 4:23).

Este libro intenta mostrar las diferentes formas en que experimentamos la gracia del evangelio en medio de nuestra cotidianidad en el hogar. No explica cómo escapar de la realidad de nuestra vida en el hogar y transportarnos mentalmente a “un lugar feliz”. No es una exhortación a deleitarnos en nuestra existencia terrenal y atesorarla como si se tratara de una fuente que puede satisfacernos por completo si tan solo nos sumergimos en ella.

Destellos de gracia trata acerca de cómo el poder de Dios en el evangelio nos puede transformar para Su gloria a medida que vivimos por la fe —justo donde estamos, en medio de la cotidianidad de nuestros hogares. Se trata de cómo Dios nos ha hecho nuevas, semejantes a Él en verdadera justicia y santidad (Ef 4:24). La gracia de Dios en Cristo nos cambia radicalmente. Pero, ¿cómo es que Él cambia la forma en que lavamos los mismos platos cada día? ¿Cómo es que el evangelio cambia la respuesta de nuestro corazón cuando suena el timbre de la puerta durante la cena?

Solo dame el evangelio

Jesús se entregó a Sí mismo, muriendo en nuestro lugar para reconciliarnos con Dios. Su vida y muerte no fueron solo buenos ejemplos a seguir. Cuando nos arrepentimos de nuestros pecados, creyendo que la muerte de Cristo en la cruz fue la paga del castigo que nosotros merecíamos, Dios nos salva. Nos perdona en Cristo (Ef 4:32). Paga nuestra deuda “con la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin defecto” (1P 1:18-19). Dios nos justifica, dándonos la justicia de Su Hijo perfecto (Fil 3:9) y recibiéndonos como si nunca hubiéramos pecado.

“En Él tenemos la redención mediante Su sangre, el perdón de nuestros pecados, conforme a las riquezas de la gracia que Dios nos dio en abundancia con toda sabiduría y entendimiento” (Ef 1:7-8). En ningún momento podemos decir: “¡Lo logré! Me costó mucho trabajo, pero me esforcé lo más que pude y lo logré”. No, es Dios quien nos salva, “porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios” (Ef 2:8).

Dios sella a los creyentes en Cristo con el Espíritu Santo, el cual nos asegura que somos hijos de Dios, y a través del cual Dios empieza a llevar a cabo Su obra continua de santificación. A través de Su obra de gracia, Dios cambia la dinámica de nuestros corazones y hace que anhelemos estar con Él. También provee el poder que necesitamos para imitarle.

Si no conocemos a Dios, vana es la esperanza de llegar a ser un buen padre, cónyuge, amigo, barrendero o ciudadano. Pero debido a que Dios resucitó a Jesús de los muertos y lo glorificó, nuestra fe y esperanza están en Dios (1P 1:21), no en nuestras circunstancias cambiantes o en las comodidades de nuestros hogares y las rutinas minuciosamente planificadas.

Cuando empecé a escribir este libro, le dije a mi esposo que como el libro se trata de cómo aplicar el evangelio en nuestras vidas, el número de capítulos que tendría que escribir sería infinito. Me imaginaba escribiendo acerca del evangelio hasta llenar el espacio entre la portada y la contraportada. Y eso fue lo que intenté, ilustrar ideas con ejemplos personales de mi hogar.

No hay nada que pueda decir en este libro que el evangelio no haya dicho ya, así que solo espero que todo lo que escriba les ayude a volver siempre al evangelio. Lo que mi alma necesita es gozarse en Dios a través del evangelio, y espero que tu alma pueda también gozarse en Él a través de estas páginas.

Me alegra que hayas decidido acompañarme en esta aventura.

En el evangelio encontramos manifestaciones hermosas del carácter de Dios. ¡Una eternidad no bastará para contemplar y disfrutar Su hermosura y Su grandeza! Veremos cómo ese Dios cuyo “amor es tan grande que llega a los cielos” y cuya “verdad llega hasta el firmamento” (Sal 57:10) está haciendo una obra poderosa en tu vida, bajo el mismo techo de tu hogar.

Como diría mi hija aspirante a chef, imitando al chef de la película animada *Ratatouille*: “¡Hay que hacerlo ya!”.

Parte 1

Tu fundamento en medio de lo cotidiano



Pronóstico de hoy: cotidiano con mucha probabilidad de milagros

Otra vez. Anoche, otra vez, dejó su vaso en la encimera de la cocina. Mi esposo, David, es un hombre brillante y muy capacitado, pero su sentido común parece desaparecer desde que entra en la cocina.

Arándanos pegados y la desconsideración

Ya podía imaginarme el enorme trabajo que me tomaría despegar esos pedacitos de arándano del vaso. Empecé a decirme a mí misma en voz alta (¿también lo haces?), murmurando: “No tengo tiempo para esto”. Apreté los dientes y comencé a lavarlo con fuerza, y cuando David pasó por la cocina suspiré con exasperación y exageré mis esfuerzos por limpiar el vaso. “Espero poder limpiar bien este vaso. No lo enjuagaste”.

David pidió perdón y dijo que simplemente se le olvidó.

“Qué desconsiderado”, pensé. “Sabe todo el trabajo que tengo. Lo menos que pudo haber hecho era enjuagar el vaso. Desconsiderado...” Pero, en realidad, la que estaba siendo desconsiderada era yo, y lo sabía. El Espíritu Santo trajo a mi mente el famoso pasaje acerca del amor en 1 Corintios 13: “El amor es paciente, es bondadoso. El amor no es envidioso ni jactancioso ni orgulloso. No se comporta con rudeza, no es egoísta, no se enoja fácilmente, no guarda rencor. El amor no se deleita en la maldad sino que se regocija con la verdad. Todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor jamás se extingue” (1Co 13:4-8).

Era consciente de que no había demostrado amor. Otra vez. Es algo en lo que fallo cada día. ¿Cómo pretendo imitar la vida sacrificial de Cristo si ni siquiera puedo amar a otros haciendo algo tan insignificante como lavar platos? Mi única esperanza está en el Dios que es “clemente y compasivo, lento para la ira y grande en amor y fidelidad” (Éx 34:6).

¿Está Dios reinando sobre lo cotidiano en tu vida?

Este es un ejemplo típico de mi vida. Soy la esposa de un pastor ocupado y la madre de tres niños, de los cuales el mayor tiene cuatro años de edad. Vivimos en el Medio Oriente, donde la arena se cuele por cada una de las grietas en las ventanas y las puertas, obligándome a limpiar constantemente el sucio que queda sobre todo el suelo. Cada semana tengo que lavar ocho veces y cortar las uñas de cuatro pares de manos y pies.

Mi vida es completamente ordinaria.

Por eso me encantó escribir este libro. Todos los días necesito este mensaje de gracia y esperanza. A veces tengo episodios, como ese que les acabo de contar, en los que lamento mi existencia. Solía pensar que esa actitud era necesaria, aceptable y hasta requerida si eras ama de casa. Después de todo, el consuelo que usualmente se le ofrece a alguien que está atravesando por dificultades en el hogar o que esta criando niños es: “Pronto pasará”. Sonreímos, nos aguantamos, y hablamos de todas esas cosas que haremos el día en que “volvamos a la normalidad”.

Básicamente, esa era mi esperanza. Creía que si tan solo lograba sobrevivir a esa etapa tan horrible y aparentemente interminable, aunque llegara abatida, al menos ya llegaría a su fin. Tal vez en ese momento tendría libertad para servir al Señor con alegría, y así sería feliz.

Pero me equivoqué.

Cuando fui a una conferencia de matrimonios que dio Paul Tripp, le escuché decir algo que me dejó devastada. Tripp dijo: “Si Dios no está reinando sobre lo cotidiano en tu vida, entonces no está reinando sobre ti.

Porque es allí donde vives”. Los momentos dramáticos y transformadores solo ocurren unas cuantas veces en nuestra vida, es por eso que son dramáticos. La mayor parte de nuestra vida está compuesta por lo común, lo ordinario, lo cotidiano.

Lo ordinario en mi vida es ser ama de casa. Independientemente de lo que sea normal para ti, estoy segura de que podemos estar de acuerdo en que es allí donde vivimos.

Glorifica a Dios en todo lo que hagas

Soy consciente de que al servir a mi familia estoy sirviendo a Jesús, y que cuando sirvo en mi hogar debo hacerlo como para el Señor. Colosenses 3:23-34 dice: “Hagan lo que hagan, trabajen de buena gana, como para el Señor y no como para nadie en este mundo, conscientes de que el Señor los recompensará con la herencia. Ustedes sirven a Cristo el Señor”.

Deberíamos considerar nuestra labor como amas de casa “como la creación de un organismo vivo que promueve la paz de Cristo y la justicia de Dios”.¹ Declaraciones como esta fueron de mucho ánimo para mí.

Yo ya creía en la Escritura y lo que la misma dice acerca de la gran importancia que tiene el rol de una ama de casa. No tenía problemas para ver la labor doméstica como algo valioso a la luz de la eternidad. ¿Perspectiva eterna? La tengo. Pero, ¿qué hago *hoy*? ¿Cómo se conecta el día de hoy con la eternidad? El comentario de Tripp me recordó que la Biblia tiene mucho que decir en cuanto a lo cotidiano. En 1 Corintios 10:31 dice: “En conclusión, ya sea que coman o beban o hagan cualquier otra cosa, háganlo todo para la gloria de Dios”.

¡Sí! ¡*Por supuesto* que quiero glorificar a Dios! Es el tesoro máspreciado en todo el universo, y es digno de ser adorado a través de todo lo que soy, todo lo que tengo y todo lo que hago. En lo más profundo de mi ser, mi mayor deseo es glorificar a Dios. Incluso he considerado colocar en mi pared parte del Catecismo de Westminster para siempre recordar esta verdad:

Pregunta 1: ¿Cuál es el fin principal del hombre?

Respuesta: El fin principal del hombre es el de glorificar a Dios y gozar de Él para siempre.²

La pregunta no era si debía esforzarme o no por glorificar a Dios en todo. Yo sabía que vivir para la gloria de Dios sería mi mayor gozo. Mi única pregunta era: *¿Cómo lo hago?* ¿Cómo puedo doblar la ropa y resolver peleas entre hermanitos para la gloria de Dios cuando yo misma fallo tanto a causa de mi pecado? *¿Cómo* es que el evangelio me convierte en una mujer que limpia inodoros o limpia narices de buena gana, como para el Señor? *¿Cómo* es que el evangelio me convierte en una mujer que busca sinceramente honrar a Dios en la forma en que dobla la ropa y sirve la cena?

¿Cómo es que mi ciudadanía en los cielos (Fil 3:20) cambia la forma en que sirvo en mi hogar?

Los pañales pueden llevarte a buscar las cosas de arriba

Si la Palabra de Dios es para personas ordinarias que hacen cosas ordinarias, entonces seguramente la Escritura habla acerca de cómo podemos glorificar a Dios en medio de nuestras labores en este mundo. Y si realmente es posible limpiar platos y pañales con el propósito de deleitarnos en Dios, entonces la vitalidad espiritual que experimentaremos en el hogar no es nada menos que un milagro.

La oportunidad para crecer en santidad está delante de nosotras —en el fregadero, entre la ropa sucia, en tu mesa llena, y debajo del asiento del carro, donde tu pequeño decidió esconder su barra de granola para comérsela después. Sí, puede que ya se haya formado moho allí, pero es en medio de estos momentos que podemos crecer en santidad.

Justo donde estamos, podemos ver destellos de gracia al aprender a aplicar pasajes como Colosenses 3:1-3, que dice: “Ya que han resucitado

con Cristo, busquen las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios. Concentren su atención en las cosas de arriba, no en las de la tierra, pues ustedes han muerto y su vida está escondida con Cristo en Dios”.

El poder de Dios se perfecciona en nuestro ministerio, prosperando las obras que hacemos por la fe (2Ts 1:11). Así que, ese enésimo pañal sucio, cuando lo vemos a la luz de la esperanza y las promesas que están en la Palabra de Dios, puede ser un gran instrumento en las manos de Dios para transformar tu corazón.

La cruz, la corona y la “Mujer Tito 2”

Tomemos Tito 2 como ejemplo. Esta es una lista instructiva y práctica de aquello que es esencial para una mujer piadosa. Las mujeres deben ser reverentes en su conducta, no calumniadoras ni adictas al mucho vino (v. 3). Deben ser sensatas y puras, cuidadosas del hogar, bondadosas y sumisas a sus esposos (v. 5). Deben enseñar lo bueno (es decir, “sana doctrina”, v. 1), instruyendo a las jóvenes a amar a sus esposos y a sus hijos (v. 4).

Lo que encontramos en Tito 2 no es simplemente una lista de cosas por hacer para que las anotes en una ficha y la pegues en el espejo de tu baño. Tito 2 también nos muestra lo que debería ser nuestra motivación al hacer estas cosas, y es que “que no se hable mal de la palabra de Dios” (v. 5) y que “en todo hagan honor a la enseñanza de Dios nuestro Salvador” (v. 10). Lo importante no es que nuestra motivación esté escrita en una ficha, sino que esté escrita en nuestro corazón.

¿Cómo escribimos en nuestro corazón esta motivación a adornar el evangelio de Dios? Nuestros corazones deben ser transformados por Cristo. El versículo 11 dice: “Dios ha manifestado a toda la humanidad su gracia, la cual trae salvación”. Pablo añade en el versículo 12 que esta gracia “nos enseña a rechazar la impiedad y las pasiones mundanas. Así podremos vivir en este mundo con justicia, piedad y dominio propio”.

Esta motivación centrada en el evangelio es presentada junto con la promesa de una esperanza futura. Mientras hacemos estas cosas, estamos aguardando “la bendita esperanza, es decir, la gloriosa venida de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo. Él se entregó por nosotros para rescatarnos de toda maldad y purificar para Sí un pueblo elegido, dedicado a hacer el bien” (vv. 13-14).

Ahí es cuando demostramos esa fe que decimos tener. Cuando miro la cruz y veo que Dios no escatimó a Su propio Hijo por mí (Ro 8:32), y cuando espero en las promesas de Dios que hablan de la gloria venidera (Tit 2:13), Él me da el poder para servir a mi esposo con amor, limpiando el vaso que olvidó enjuagar, sin reaccionar con enojo ni atacarlo con mis palabras.

No pagues con la misma moneda

Me imagino lo que podría estar pasando por tu mente a estas alturas, porque también lo estoy pensando. Creo todo eso, pero tengo muchas cosas en mi contra. No puedo ni concentrarme en esa idea lo suficiente como para meditar en ella. Ya puedo escuchar al bebé a través del monitor. No puedo aplicar estas verdades de manera consistente. ¿Y si no se trata solo de un vaso, sino de toda una casa que parece haber sido azotada por una tormenta? ¿Cuál es la solución?

Necesito que mi corazón cambie.

Si eres como yo, ya estás lista para darte por vencida. Es una tentación muy grande para mí. Veo esos altos estándares de santidad, pero sé que no los puedo alcanzar. En este caso, podría limpiar los platos de mala gana, murmurando en mi corazón y haciendo comentarios groseros de tipo “cuántas veces tengo que repetirme lo mismo”, con la esperanza de que mi esposo se avergüence lo suficiente como para confesar sinceramente que tengo la razón y él no. (Y, por cierto, ¿cuándo en la vida ha funcionado esa estrategia?

O podría tomar un camino diferente. Sé que la Biblia dice que debemos hacer todo sin quejas ni contiendas, y que en lugar de esto debemos aferrarnos al evangelio (Fil 2:14), y quiero hacer lo correcto. Dios nos enseña cómo amarnos los unos a los otros (1Ts 4:9). Y quiero honrar a Dios en todo lo que hago, tal y como me enseña 1 Corintios 10:31. Entonces llego a la conclusión de que lo que debo hacer es esforzarme más. Así que anoto Filipenses 2:14 en una ficha y lo pego en la ventana que está encima del fregadero para acordarme de no pecar. Luego lavo los platos y me muerdo la lengua cuando mi esposo pasa por la cocina. Con eso logré evitar los comentarios groseros y limpiar de mala gana para llamar la atención, y posiblemente conseguir una disculpa. Muy bien, Gloria, lo lograste. Me felicito por el buen trabajo que hice. Sin embargo, mi jactancia revela que ahora tengo otro problema: justicia propia. Aparentemente la paciencia que acabo de mostrar no fue un fruto del Espíritu. Fue fruto de mi orgullo pecaminoso. En conclusión, tengo que lidiar seriamente con mi justicia propia —tanto por persistir en mi orgullo como por lamentarme de la culpa que sentía al no haberlo hecho mejor.

Los platos sucios no son mi mayor problema en la vida, aunque cuando la pila llega hasta el techo y tengo un millón de cosas por hacer, pareciera que lo son. El mayor problema en mi vida y en la tuya es el pecado. ¿Cómo puedo venir ante el Dios que hace todas las cosas conforme a Su carácter, un carácter que incluye una justicia perfecta (2Ts 1:6)?

Jesucristo: La única esperanza para un ama de casa

Así que, ¿qué podemos hacer? Está claro que no podemos vivir como nos dé la gana, hiriendo a los demás para sentirnos mejor. Y es evidente que no podemos simplemente decidir que vamos a “hacer lo correcto” a base de pura fuerza de voluntad y determinación. Yo sencillamente no puedo. Ya sea que haga una cosa o la otra, no estoy agradando a Dios.

Gracias a Dios que hubo alguien que sí le agradó. Jesús hizo todo sin quejarse, incluyendo ir a la cruz a morir en mi lugar, cargando mi pecado sobre Él. Jesús es el único hombre que vive en sumisión sincera a Dios el Padre. La Biblia enseña que Jesús no solo es mi ejemplo a seguir, sino que también es mi Salvador. Su muerte expiatoria hizo exactamente eso: expió (pagó por) mis pecados. Y no permaneció muerto. Jesús es Aquel quien dice: “Estuve muerto, pero ahora vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del infierno” (Ap 1:18). Cuando me aferro a Jesús por medio de la fe y confieso que es mi única esperanza para poder agradar a Dios, Dios me declara como justa. La justicia de Cristo pasa a ser mía. Eso es gracia.

La gracia que me fue dada en la cruz, y la gracia venidera que anhelo, impiden que caiga en estas dos actitudes letales:

1. “*Soy la peor ama de casa.* Yo sé que debo hacer un mejor trabajo, y no tengo excusas. ¿Por qué no puedo ser como fulana que hace todo tan bien?” Me lleno de culpa y condenación, y me dejo dominar por mi orgullo. Sí, orgullo. Prefiero lamentarme y odiarme a mí misma que arrepentirme y buscar en Cristo la aceptación y el poder que necesito para vivir cada momento.

2. “*Soy la mejor ama de casa.* La verdad es que es bastante impresionante cómo puedo hacer tantas cosas a la vez. Mis amigos siempre me lo dicen. Con disciplina logro hacer todo lo que me propongo. No importa lo que pase, hago lo que tenga que hacer y, por supuesto, sin descuidar mi apariencia. Sinceramente, no entiendo cómo es que fulana, que además tiene menos responsabilidades que yo, no puede ni con lo que tiene”. Me lleno de justicia propia y orgullo. Prefiero gloriarme en mí misma en vez de gloriarme en Cristo, quien entregó Su vida en la cruz para asegurar mi futuro.

Así que la gracia me ayuda a siempre recordar la realidad del evangelio y el futuro que me fue prometido. Por lo que Cristo ya hizo a mi

favor y por lo que hará por mí en el futuro, puedo rechazar tanto la culpa como la vanagloria.

Milton Vincent lo dijo así: “La justicia de Dios, que me es atribuida a través de Cristo, no es meramente algo sobre lo cual descanso, sino que es la principal realidad salvífica con la que Dios me gobierna”.³

Más aún, como resultado de la obra de Cristo en la cruz, tengo todo lo que necesito para vivir como Dios manda (2P 1:3–4), y todas estas cosas son regalos inmerecidos. Dios es increíblemente bueno conmigo “por su gran misericordia” (1P 1:3).

Jesús murió por mí; puedo confiar en Él

Esta gracia me humilla. Que Jesús haya permitido que lo llevaran como cordero al matadero y que no le respondiera a aquellos que abusaron de Él —me deja sin aliento. Que Dios haya enviado a Su Hijo a morir por mí y haya comprado “una herencia indestructible, incontaminada e inmarcitable” para mí (1 P 1:4) —estoy deshecha.

El gozo del Señor me motiva y me fortalece para poder dar de mi tiempo y lavar los platos de otros, con la fe de que algún día escucharé a mi Salvador decirme: “¡Hiciste bien, sierva buena y fiel!”. Cuando doy de mi tiempo y mis energías, con gozo y humildad, para limpiar los platos sucios que mi esposo olvidó, no pierdo nada y gano todo.

Vivir la realidad de este evangelio y de la promesa de la gloria venidera me motiva a amar a otros de la manera en que Jesús ama. He recibido misericordia en Cristo Jesús (1 P 2:10). Cuando tenga que ir al fregadero esta tarde, debo creer firmemente que Sus promesas se cumplirán en el futuro. Eso es fe.

Así que aquí estoy, en el fregadero, despegando pedacitos de arándano de un vaso. Pero en lugar de lamentarme por lo mucho que me cuesta servir gozosamente, o de gloriarme porque pude controlarme y no hacer comentarios groseros, ahora la dinámica es completamente diferente.

Se trata de la fe que actúa mediante el amor (Gá 5:5-6).

Dios obra en mí a través de Su Palabra (1Ts 2:13). Esta gracia inmerecida me capacita para alabar a Dios y servir a otros con gozo, mientras lágrimas de alivio corren por mis mejillas al confesar que: “Todas las cosas proceden de Él, y existen por Él y para Él. ¡A Él sea la gloria por siempre! Amén” (Ro 11:36).

Aun en los momentos en que más dudo, cuando vuelvo a caer de la misma manera al día siguiente, mi esperanza está segura en la justicia de Cristo. El evangelio me recuerda que puedo seguir presentándome ante Dios mediante la justicia perfecta de Jesús, no por mis supuestos logros religiosos. Dios me fortalece y me protege por Su fidelidad, no por la mía (2Ts 3:3). Así que puedo despegar arándanos secos como para el Señor y tener un corazón que está satisfecho en Dios, ya que Su bondad en Cristo me lleva al arrepentimiento una y otra vez.

Milagros en medio de lo cotidiano

¿Ves las diferentes oportunidades que nos ofrece la vida cotidiana para crecer en santidad? Dios puede utilizar los momentos ordinarios en tu vida para conformarte a la imagen de Su Hijo y así glorificar Su nombre. Eso es precisamente lo que quiere hacer.

Los platos sucios en el fregadero o los restos de crayones rojos dentro de un enchufe, cortesía de un bebé curioso, no son tormentos que interrumpen la tranquilidad de tu día. Son oportunidades para ver destellos de gracia.

No pitufees el evangelio

No recuerdo la primera vez que alguien me habló del evangelio. No es porque nadie quiso compartir conmigo las buenas noticias acerca de Jesús. Es porque no tenía oídos para oír. Tenía otras prioridades.

Es posible que haya escuchado las buenas noticias de la muerte y resurrección de Jesús muchas veces durante toda mi niñez.

Mi historia

Nací en un país donde había libertad religiosa para proclamar el evangelio de Cristo a través de la radio, anunciarlo en vallas y discutirlo libremente en público. Incluso, viví parte de mi infancia en una sección de mi país llamada “el cinturón bíblico”, porque hay una iglesia en cada esquina. Mis padres cumplieron fielmente con llevarme siempre a la escuela dominical, a todas las reuniones de la iglesia y a la escuela bíblica vacacional.

Ahora que vivo en esta parte del mundo, me doy cuenta del privilegio que tuve. Que mis padres me hayan llevado a la iglesia, hayan celebrado festividades cristianas, y me hayan hablado acerca de Jesús, es una gracia que mis vecinos aquí nunca han conocido.

No recuerdo específicamente las ocasiones en las que escuché el evangelio de Jesucristo en mi infancia. Pero sí recuerdo la primera vez que la luz de la gloria de Dios en Cristo resplandeció en medio de la oscuridad

Esperamos que hayas disfrutado de esta
pequeña muestra del libro *Destellos de Gracia*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2017 Poiema Publicaciones

¡El Evangelio para cada rincón de la vida!